

Greta Rivara Kamaji (coord.), *Vocación por la sombra. La razón confesada de María Zambrano*, Edere, México, 2003.

Conversaciones sobre María Zambrano. Desde la literatura.

Hablar, tras el largo trabajo de la escritura, sobre aquello que ha sido escrito; hablar, antes del hallazgo de la lectura, sobre aquello que está a la espera de ser leído; hacer, pues, un prólogo, un preámbulo, una presentación, debiera ser, según lo dijo María Zambrano, “la revelación de todo lo que antecede a este libro desde su primera página”.<sup>1</sup> Hablar antes del libro, antes del volumen, de su presencia y de su consumo, ante lo que se considera una publicación terminada es, entonces, revelar su historia, la sombra de esa falta original que acompaña a todo lo que ha sido publicado.

Toda escritura proviene de un pasado que aún la apresa y se dirige hacia un futuro que no alcanza, ella sola, a cumplir. Y por eso la escritura es destino; porque comienza ahí donde ya todo ha comenzado, y porque busca consumirse en un lugar distinto, donde se cumplan los reclamos de lo que aún estaba a medias hecho, donde la queja se convierta en esperanza. María Zambrano, pensadora del exilio, escritora por destino, emprendió su empresa filosófica en medio de una conjunción de crisis: crisis política, crisis de la metafísica, de la razón, de la historia... En el comienzo de la filosofía de Zambrano, el pensamiento entero era una sola y larga queja, como la queja de Job, de aquel que había sido abandonado a su suerte en el tiempo, en medio del tiempo, de un tiempo aciago. Desesperada por abrir otras vías del pensar, Zambrano condujo la filosofía a la esperanza en la escritura de su “razón poética”, de su “logos lleno [a la vez] de gracia y de verdad”. Mas su queja, a diferencia de la

<sup>1</sup> M. Zambrano, *Senderos*, Anthropos, Barcelona, 1986, p. 8.

de Job, no habría de ser oída por el Guarda de los hombres; el destino de su reclamo sería más bien terrestre, humano, ante todo, lector. Tendríamos que haber leído a María Zambrano para que su queja fuese al fin escuchada. Y tendríamos que haber creído en otras formas posibles de pensar —en las formas de la razón poética— para darnos cuenta de que Zambrano acertaba al decir que “la esperanza se realiza cuando se hacen ciertas las verdades que un día fueron increíbles”.<sup>2</sup>

El viejo Kant, con toda la autoridad que incluso hoy nos merece, decía que “no se enseña Filosofía; se enseña a filosofar”. María Zambrano encontró en la escritura, en las palabras de su lengua —que es también la nuestra—, la vía para entreverar la más aguda crítica con la más justa redención. En su obra, confesión de veintiséis siglos de pensamiento occidental, reconocimiento y recuperación de los errores y las máscaras, Zambrano nos enseñó a asumir el destino de la escritura, a filosofar. Por eso, quienes la han leído, quienes han escuchado su queja, quienes escriben en el libro que hoy nos reúne transmiten la esperanza de un pensamiento dispuesto a redescubrirse en su propia confesión. Cada una de las miradas que se nos ofrecen sobre el pensamiento de María Zambrano fue antes la lectura del pensamiento confeso. Y la confesión, cuando se la lee bien, cuando merece la pena ser leída, provoca en cada uno un ansia similar de señalamiento y desprendimiento del error, mas no sólo del error propio, pues el lector de la confesión, según Zambrano, “[acepta] aun el yerro no cometido, el mal no realizado”, está dispuesto a “cargar con toda la posibilidad del mal [para poder así] traspasar todo confín”, para reencontrarse en una dimensión humana, en el mosaico del ser, en los connatos de ser; diría Zambrano: en el “gemido hecho cadencia”, en suma, en la canción de un pensamiento que había olvidado, en medio de un tiempo de exactitud científica y de guerra, su musicalidad.

La escritura y la lectura de una confesión son, entonces, la historia de este libro. Y si hay confesión es porque en ella se transmite la experiencia, se hace transmisible el saber, se dota de unidad a las acciones, extraviadas en la inmensidad del tiempo. Esto hace quien

<sup>2</sup> M. Zambrano, *La Cuba secreta y otros ensayos*, Endymion, Madrid, 1996, p. 169.

escribe, quienes hoy escriben, quienes ofrecen lo escrito a su destino, al tiempo presente de quien cumpla la lectura. “Y el escribir [...] —en las palabras de María Zambrano— algo tiene de rito, de conjuro y, más aún, de ofrenda, de aceptación del ineludible presente temporal, y de transitar en el tiempo, de salirle al encuentro, como él hace, que no nos abandona. Y como al fin el tiempo se mueve, hace moverse al ser humano; moverse es hacer algo, hacer algo de verdad, tan sólo. Hacer una verdad, aunque sea escribiendo”,<sup>3</sup> una verdad... aunque sea leyendo.

MARIANELA SANTOVEÑA

Greta Rivara Kamaji (coord.), *Vocación por la sombra. La razón confesada de María Zambrano*, Edere, México, 2003.

Conversación sobre María Zambrano. Desde la filosofía.

El encuentro con el pensamiento de María Zambrano no es nunca un encuentro callado y pausado, no es una escucha de sus palabras que se filtran por los resquicios, por las grietas hacia la conciencia para hacernos reflexionar sistemática y metódicamente. El encuentro con su pensamiento es un golpe certero, un choque intempestivo que sacude a la conciencia hasta dejarla extasiada, opera como una seducción de la que no se puede escapar sin un aire de pérdida, de luto. Leer a Zambrano es como leer a Nietzsche, no se le puede leer a medias enjuiciando cada argumento con la asepsia de la razón; leerle es envolverse en sus palabras y perderse en ellas, dejarse llevar por el sendero serpenteante de su reflexión y quedarse ahí —acogida la conciencia toda— durante un largo tiempo. Con Zambrano no se puede estar a medias, o se la rechaza desde el principio con la conciencia inundada de la incomprensión y por ende del desprecio generado al venerar al canon filosófico que se afirma como único y absoluto, o se le quiere siempre abrazando su pensamiento con fervor. Y ello porque la filosofía zambraniana seduce, seduce por su belleza, por la armonía de sus palabras, por el placer que causa y del que nos colma.

<sup>3</sup> M. Zambrano, *El hombre y lo divino*, FCE, México, 1973, pp. 11-12.